

## **TERESA WILMS MONTT: DISCURSO SENTIMENTAL Y CRÍTICA LITERARIA DE INICIOS DEL SIGLO XX.**

**Norberto Flores Castro**

### **Abstract**

The critic on Teresa Wilms Montt's literary work has been insufficient. Including the Ruth González-Vergara's excessively laudatory work, the critics have focused mainly on Teresa's beauty and ancestry, neglecting her writing.

The article "Teresa Wilms Montt: an extreme sign in the sentimental feminine speech of beginnings of the XX century" attempts to revert this order, analyzing her writings literarily and recognizing features of the historical moment.

**Key Words:** Chilean Women Writing, Feminism, Avant-garde movement

### **Resumen**

La crítica sobre la obra de la escritora chilena Teresa Wilms Montt (1893-1921) ha sido insuficiente: se ha concentrado principalmente en su belleza y alcurnia, descuidando su producción escritural (esto, incluyendo el excesivamente laudatorio trabajo de Ruth González-Vergara). El artículo "Teresa Wilms Montt: un signo extremo en el discurso femenino sentimental de inicios del siglo XX" intenta revertir este orden, analizando literariamente sus escritos y reconociendo en ellos rasgos propios del momento histórico.

**Palabras Claves:** Literatura chilena de mujeres, Feminismo, Vanguardismo.

Teresa Wilms Montt nació en Viña del Mar en 1893 y 28 años más tarde se dio muerte con una sobredosis de veronal. Tan breve lapso vital rubricó la suerte de una mujer que supo del valor que la sociedad chilena de principios del siglo XX asignaba al sexo femenino: un signo ocioso inscrito en los límites extremos del discurso sentimental. Perteneciente a una de las más distinguidas familias chilenas (su padre, un rico comerciante y su madre, de la casta ilustre que dio tres presidentes al país), Teresa vivió en un ambiente marcado por los

excesos y dominado por el *Taedium Vitae* que caracterizó a la alta sociedad de principios de siglo.

En 1882, "El Mercurio" publicó una lista de 59 millonarios chilenos. Eran los "neoaristócratas" o nuevos ricos generados por la especulación en torno a la minería, la banca, la industria y la agricultura; símbolo de una época de decadencia en la que predominaban las ínfulas y los prejuicios nobiliarios. Al denunciar Luis Orrego Luco en "Casa Grande" (1902), que a principios de este siglo no importaba tanto ser aristócrata, sino parecerlo, denotaba el fin de la *imago mundi* filantrópica de la aristocracia chilena tradicional. Los nuevos ricos competían por superarse en un torbellino de excesos que imponía el placer como objeto y finalidad de la vida.<sup>1</sup> Una época en que, según Francisco Antonio Encina, predominaba "el desprecio por los deberes de ciudadano y por los esfuerzos y sacrificios que impone la vida" (141).<sup>2</sup>

Teresa Wilms perteneció a este mundo de excesos. Una de las más bellas y célebres "cachetonas" de la alta sociedad santiaguina (apodo dado a las primeras mujeres que tuvieron acceso a la vida bohemia masculina, las que daban "cachet et ton" al ambiente nocturno y se dieron a conocer con la apertura del Club Santiago, en 1907), formaba parte de un reducido círculo de mujeres ricas y bonitas, aburridas de la existencia burguesa y ansiosas de aire parisién.

Siguiendo el trazado habitual para una "niña bien" chilena, a los dieciséis años Teresa se casó con Gustavo Balmaceda Valdés (1883-1924). Gustavo, sin embargo, no pudo evadir la triste suerte de los Balmaceda (al infortunado Balmaceda de la Revolución siguió José Ramón Balmaceda, quien perdió sus bienes agrícolas dejados en herencia; lo mismo pasó a su hermano José Elías y a Ramón (padre de Gustavo)), y, después de perder sus inmuebles, Gustavo subsistirá aceptando puestos públicos de menor importancia, esperando que sus relaciones le consiguieran cargos diplomáticos.<sup>3</sup>

Prontamente, el vínculo matrimonial se deshizo y Teresa perdió la tuición de sus dos hijas, Elisa y Silvia. Ya durante su matrimonio, ella registraba en su contra el "oprobio" de un affaire con "Vicho" Balmaceda, aventura que le valió el que su familia y la sociedad de la época le dieran la espalda, obligando a Teresa a optar por el exilio, al que escapó acompañada de Vicente Huidobro. Su estadía en Buenos Aires será dramáticamente rubricada con el suicidio de un pretendiente rechazado.<sup>4</sup>

Años después, la poetisa Sarah Hübner la encontró en París. Su romántica descripción de Teresa Wilms envuelta en sedas, calzada

con chinelas de raso y adornada con plumas de avestruz es premonitoria: "Sobre los hombros, una capa de color coral encendido ...pone reflejos de fuego en su hermoso semblante, bañado de una palidez intensa, casi lívida."(158)<sup>5</sup>. Poco tiempo después, Teresa es llevada al Hospital Laennec, donde fallece.

La infausta suerte de Teresa y su azarosa vida le valdrán numerosas interpretaciones. Algunas de éstas dicen que pasó su vida como una Magdalena.<sup>6</sup> La imagen, sin embargo, no se ajusta con propiedad a una mujer que vivió la mayor parte de su vida en París y a la que la leyenda le atribuye la sangre azul de los Hohenzollern.

El infortunio de Teresa Wilms Montt no fue el de la prostituta bíblica. Su suerte fue el fruto de una época en que la dualidad Mujer-Ocio alcanzó su máxima expresión, llevando a identificar los sentimientos femeninos como ejercicio propio de un Otro improductivo.

#### La producción literaria de Teresa Wilms Montt

En el patriarcal contexto de principios de siglo, la producción femenina debió conformarse con la vertiente "ociosa" de la escritura. En un mundo blandamente sensual, Teresa Wilms cultivó el poema en prosa y el cuento breve. En 1917 publicó "Inquietudes sentimentales" y "Los tres cantos". Su tercer libro, "En la quietud del mármol", (1918), apareció en Madrid junto a "Anuarí", ambos de tono elegíaco. En 1919 fue editado en Buenos Aires "Cuentos para los hombres que son todavía niños" y en 1922 se dio a conocer su obra póstuma, "Lo que no se ha dicho", libro que reúne varios de sus relatos más conocidos y las últimas páginas de su "Diario" (traducido al inglés y editado en China).

"Inquietudes sentimentales" es un conjunto de poemas en prosa impregnado de emociones que la autora dice ocultar "porque el siglo no comprende esos sentimentalismos histéricos" (80). El amor frustrado, la pérdida de sus hijas (IV, XXV) y el suicidio de su amante conforman un discurso en el que el sentimiento se constituye en expresión supina de una subjetividad femenina relegada a los sublimados rincones de la sensibilidad extrema.

Publicado en pleno auge de la vanguardia europea en hispanoamérica, "Inquietudes sentimentales" supera los límites "ociosos" del discurso sentimental para constituirse en un hiato dentro de la producción literaria en boga. En momentos en que la poesía estaba radicalmente determinada por el creacionismo (con cuyo creador Teresa Wilms sostuvo estrecha relación), la poetisa conserva el uso racional del lenguaje y la sintaxis y se mantiene dentro de las márgenes de una temática cuya nostalgia, sensualidad y sentimentalismo la alejan de las innovaciones vanguardistas, a saber: el ejercicio continuo

con chinelas de raso y adornada con plumas de avestruz es premonitoria: "Sobre los hombros, una capa de color coral encendido ...pone reflejos de fuego en su hermoso semblante, bañado de una palidez intensa, casi lívida."(158)<sup>5</sup> . Poco tiempo después, Teresa es llevada al Hospital Laennec, donde fallece.

La infausta suerte de Teresa y su azarosa vida le valdrán numerosas interpretaciones. Algunas de éstas dicen que pasó su vida como una Magdalena.<sup>6</sup> La imagen, sin embargo, no se ajusta con propiedad a una mujer que vivió la mayor parte de su vida en París y a la que la leyenda le atribuye la sangre azul de los Hohenzollern.

El infortunio de Teresa Wilms Montt no fue el de la prostituta bíblica. Su suerte fue el fruto de una época en que la dualidad Mujer-Ocio alcanzó su máxima expresión, llevando a identificar los sentimientos femeninos como ejercicio propio de un Otro improductivo.

La producción literaria de Teresa Wilms Montt

En el patriarcal contexto de principios de siglo, la producción femenina debió conformarse con la vertiente "ociosa" de la escritura. En un mundo blandamente sensual, Teresa Wilms cultivó el poema en prosa y el cuento breve. En 1917 publicó "Inquietudes sentimentales" y "Los tres cantos". Su tercer libro, "En la quietud del mármol", (1918), apareció en Madrid junto a "Anuarí", ambos de tono elegíaco. En 1919 fue editado en Buenos Aires "Cuentos para los hombres que son todavía niños" y en 1922 se dio a conocer su obra póstuma, "Lo que no se ha dicho", libro que reúne varios de sus relatos más conocidos y las últimas páginas de su "Diario" (traducido al inglés y editado en China).

"Inquietudes sentimentales" es un conjunto de poemas en prosa impregnado de emociones que la autora dice ocultar "porque el siglo no comprende esos sentimentalismos histéricos" (80). El amor frustrado, la pérdida de sus hijas (IV, XXV) y el suicidio de su amante conforman un discurso en el que el sentimiento se constituye en expresión supina de una subjetividad femenina relegada a los sublimados rincones de la sensibilidad extrema.

Publicado en pleno auge de la vanguardia europea en hispanoamérica, "Inquietudes sentimentales" supera los límites "ociosos" del discurso sentimental para constituirse en un hiato dentro de la producción literaria en boga. En momentos en que la poesía estaba radicalmente determinada por el creacionismo (con cuyo creador Teresa Wilms sostuvo estrecha relación), la poetisa conserva el uso racional del lenguaje y la sintaxis y se mantiene dentro de las márgenes de una temática cuya nostalgia, sensualidad y sentimentalismo la alejan de las innovaciones vanguardistas, a saber: el ejercicio continuo

de la imaginación, las imágenes insólitas, el asintactismo, la nueva disposición tipográfica, etc. practicadas por Huidobro, César Vallejo, Oliverio Girondo y Manuel Maples Arce, entre otros innovadores.

La soledad, la realidad como ilusión, el vacío existencial, el idealismo como axis ontológico, el pathos sentimental, la maternidad frustrada y la vida en la muerte son leit motifs que definen la expulsión del paraíso como lugar común en la vida de la autora. Infeliz en su vida amorosa y arrebatadas sus hijas, Teresa se autoexilia de Chile y radica el resto de sus días en París. Allí destina su vida a idolatrar la imagen de Anuarí (pretendiente que al ser rechazado se suicidó en su presencia), haciendo del amor la razón última e inalcanzable de la existencia femenina. Para muchos, sin embargo, el retiro de Teresa Wilms sólo confirmaba los dos polos de la condición femenina: el ejercicio del ocio (cuya máxima expresión era París) y la exacerbación de los sentimientos (simbolizada por la poesía).

El testimonio sentimental, sin embargo, es sólo una de las variables en "Inquietudes sentimentales". En ella se encuentran vetas del sensualismo que caracterizó al modernismo (XXXV, XLIII), poemas que se adelantan a la lograda simplicidad de las futuras odas elementales nerudianas (XIX, XLVIII) y temas que se anticipan a los conflictos sociales que dominarán en la literatura chilena décadas más tarde (XXIV). Del mismo modo, en el contexto de la reprimida literatura femenina de principios de siglo, Teresa Wilms constituye un hiato al revertir el motivo del Otro-subyugado mediante una imagen femenina que se impone sobre la Naturaleza (II) y que denuncia la opresión que subyace tras la imagen sublimada del amor, como señala en "Anuarí": "...porque ello [el amor] hace del hombre un dios y de la mujer vaso sagrado, urna depositaria de la savia.". Consecuente con ello, la poetisa rechaza la notación reproductiva de su sexualidad para loar al placer en un poema de rasgos sáficos:

"Dos senos de una blancura inquietante; dos ojos lúbricamente embriagados y una mano audaz de sensualidad se han atravesado en mi camino."(VII)

"Los tres cantos", también publicado en 1917 en "Lo que no se ha dicho", está dividido en tres partes -"La mañana", "El crepúsculo" y "La noche"-, que equivalen al canto, el rezo y el lloro del tránsito humano. Rico en metáforas y alegorías, destaca en él la denuncia de la concepción del Amor como un recurso más para reducir a la mujer a favor del hombre:

"Renunciaré a mi conciencia, y seré bestia humilde, con los ojos vueltos hacia la tierra...Seré un ente, una cosa, una brizna... Seré

la madrecita de todos,...Seré la novia casta que os dé toda la intensidad de su virgen dolor..."(44)

El reproche al rol que la tradición ha determinado para la mujer es hábilmente velada por el lirismo. En "Páginas de Diario", el leit motiv de la bondad como *conditio sine quanon* femenina ("No puedo ser mala, no; la bondad me sale al encuentro"), toma la forma del rechazo al recurso de la racionalidad como vía de conocimiento, prefiriendo a los sentidos como fuente de percepción del mundo. Dicha actitud, sin embargo, prontamente le merecerá a la autora el rótulo fácil del síndrome patológico: "No hay médico en el mundo que diagnostique mi mal; histeria, dicen unos, otros hiperestesia."(25)

"Del Diario de Sylvia", aparecido en su obra póstuma y subtítulo "Apuntes para una novela", también parece responder a los designios ocioso-sentimentales de su poesía. Mas, a pesar de sus rasgos autorreferenciales, el relato trasciende con facilidad la vida de Teresa Wilms para remitir la triste suerte del género femenino. En éste, Sylvia, acuciada por un "morboso desco de soledad", se deleita con la contemplación de los arrecifes a la caída del sol. Es la hora del alma, el momento elegido para cantar a la Naturaleza por sobre los hombres, pues: "¡Cuánta más intensidad hay en todo esto que en el cerebro del hombre, siempre limitado y miserable!"(68). La severidad de su juicio se confirmará cuando, Sylvia, la "de trenzas cual sierpes dormidas", conozca al hombre que la hará (in)feliz. En un discurso que se inicia con la sublimación del sexo por la vía del desposorio, la protagonista ve derrumbarse una tras otra las virtudes de Eugenio, su amado, el que de príncipe encantado pasa a convertirse en un vulgar beodo.

Infeliz en su matrimonio, Sylvia vuelca su amor sobre sus dos hijas, aceptando el destino común de la madre que en el duermevela cotidiano se sacrifica a sí misma "...atrayendo para mi corazón todos los pesares".(79) A pesar de ello, al poco tiempo pierde la tutela de sus hijas. Enloquecida por el dolor, busca refugio en la religión, mas pronto repara que el consuelo que ésta le ofrece la condena "a morir entre ídolos de bronce y de cera, sin otra música que el melancólico tañido de las campanas claustrales." (84)

Desencantada del Dios de los hombres, el único refugio que le queda es la protección de su "Madre Naturaleza". Decide entonces entregarse al prohibido (para las mujeres) placer del goce de los sentidos: "¡...a vivir la vida, a escuchar por primera vez lo que te dice de ti tu propio corazón!"(85). Su suerte, sin embargo, es infausta. Para la mujer, la libertad tiene el precio del rechazo y la soledad. Sylvia termina sus

días en el más absoluto aislamiento, rodeada de "Mis frascos que hace tanto tiempo perdieron el perfume, mis vasos que esperan con sus bocas ávidas el tallo de una flor, y mis libros con sus páginas cerradas como labios bajo las tumbas."

La suerte de Sylvia sirve de corolario al destino común de la mujer que Teresa Wilms ya había esbozado en "Anuarí", publicado cuatro años antes. Para la poetisa, Anuarí-muerto es el objeto del deseo que consigna al amor bajo el sello lapidario de lo imposible, convirtiendo el poético "Nulla é piú dulce e triste/ che le cose lontane" de su amante en su propio epitafio.

Ni los hombres ni los placeres que consiguió la rica y bella Teresa fueron suficientes para lograr su felicidad. Al rechazar la vía fácil del matrimonio y desmentir las supuestas bondades de la opulencia, la poetisa rechazó el tradicional principio de pasividad y aceptación femeninas. Su vida, entonces, tomará la forma de un discurso sentimental centrado en un objeto inalcanzable, haciendo de lo deseado un signo ausente:

"...te veo gigantesco, destacarte en un afilado rayo; te veo enorme, confundido con lo inmortal,/.../ te aspiro en el ambiente, te imagino en el misterio, te extraigo de la nada."(106)

Desesperada por el suicidio de un hombre al que ella rechazó, pero al que ahora idealiza hasta compararlo con Cristo, Teresa se hunde cada vez más en el tembladeral de sus sombrías ensoñaciones. Ni la juventud ("mis veinticuatro años me llevan a la rastra, como aplastada por un fardo de troncos") ni la seductora promesa del amor de los hombres ("muchas veces los he seguido... pero más valiera haber muerto a tus pies..."), logran dar paz a su atribulado espíritu. Finalmente, en muda contemplación del nicho que guarda los restos de su amado, decide su destino: "Vi, también, que poseía alas capaces para emprender el regio vuelo del encuentro, y entonces me sentí consolada". El 24 de diciembre de 1921 se da muerte.

Testimonio de la vida de Teresa de la Cruz, como gustaba firmar, es su escritura, la que posee un reconocido carácter confesional. Pedro Miguel Obligado, al prologar "Inquietudes sentimentales", intenta rescatar el valor emocional de la escritura de Teresa, advirtiendo que "analizar el libro con un criterio puramente literario sería no comprenderlo" y termina: "Deje pues, el crítico, su observación negativa, y asómese a la ventana, de este libro, a ver la vida." (p.5).

Los críticos, sin embargo, no escucharon a Obligado. La escritura de Teresa Wilms Montt fue definida por Gastón Carrillo en "Lo que no se ha dicho", como "...una queja demasiado suya para revestir el atractivo de lo literario", generando en Joaquín Edwards Bello la

duda sobre si realmente tenía una chispa de genio "o revolvió con negligencia de mujer bonita frases vacías como perlas falsas."

La mayoría de los críticos ha eludido el análisis sistemático de la poesía de Teresa Wilms Montt, prefiriendo centrarse en su azarosa vida y en uno de los signos exclusivos -y excluyentes-, de la mujer: su belleza. Según Vicente Huidobro, "Teresa Wilms Montt es la mujer más grande que ha producido la América. Perfecta de cara, perfecta de cuerpo, perfecta de elegancia, perfecta de educación, perfecta de inteligencia, perfecta de fuerza espiritual, perfecta de gracia." "De oro eran sus cabellos y sus pupilas suaves tenían la clara transparencia de las aguas lustrales", añade Enrique Gómez Carrillo. Joaquín Edwards Bello, a su vez, destaca "sus incomparables ojos azules y su cabellera crespa de berebere", para luego calificarla de "chica intoxicada de literatura y con el vicio chileno de lo trascendental". Fernando de la Lastra ve en ella "una de las más bellas e inspiradas poetisas"; Gastón Figueira, a su vez, anota: "...era tan fina y amplia su personalidad", y Fernando Santiván la llama "exquisita y endemoniada niña".

Las congéneres de Teresa tampoco se apartan substancialmente de la "crítica" de sus colegas varones. Después de entrevistarla por última vez en París, la poetisa Sara Hübner -en "Lo que no se ha dicho"- concluye: "Es hermosísima, es buena y no es feliz", sin hacer referencia alguna a su producción literaria. En un contexto más reciente, Claudia Donoso advierte de la "brutal omisión" de estudios sobre la poesía de "esta chilena alucinada con el vacío" <sup>7</sup>, pero no hace sino referir la novelesca vida de la autora. Graciela Romero, a su vez, destaca el carácter modernista de Teresa Wilms, pero no puede evitar iniciar su artículo destacando su "regia figura de cintura angosta y abundante pechugamen". <sup>8</sup> No será hasta 1993 que la vida y obra de Teresa Wilms Montt no sea vindicada por la pluma de una mujer, en la obra de Ruth González-Vergara: Teresa Wilms Montt. Un canto de libertad. (Barcelona: Grijalbo).

La crítica masculina de inicios del siglo XX coincide en destacar la belleza de Teresa, mas no su condición de escritora. En su oportunidad, Juan Ramón Jiménez cantó a "ese saber tuyo intuitivo" <sup>9</sup> de Teresa; pero es quizás Gómez Carrillo, en su prólogo a "Lo que no se ha dicho", quien mejor grafica los sentimientos encontrados que produjo entre los hombres esta chilena rebelde, aunque tristemente determinada por el legado de ocio y el sentimentalismo asignados a la mujer por el canon de la época. El crítico dice de ella: "...que encontró su cruz en cada camino; que tuvo sed y no pudo beber; que soñó con amar tanto y tuvo el amor siempre distante; que fue esposa y madre,

duda sobre si realmente tenía una chispa de genio "o revolvió con negligencia de mujer bonita frases vacías como perlas falsas."

La mayoría de los críticos ha eludido el análisis sistemático de la poesía de Teresa Wilms Montt, prefiriendo centrarse en su azarosa vida y en uno de los signos exclusivos -y excluyentes-, de la mujer: su belleza. Según Vicente Huidobro, "Teresa Wilms Montt es la mujer más grande que ha producido la América. Perfecta de cara, perfecta de cuerpo, perfecta de elegancia, perfecta de educación, perfecta de inteligencia, perfecta de fuerza espiritual, perfecta de gracia." "De oro eran sus cabellos y sus pupilas suaves tenían la clara transparencia de las aguas lustrales", añade Enrique Gómez Carrillo. Joaquín Edwards Bello, a su vez, destaca "sus incomparables ojos azules y su cabellera crespa de berebere", para luego calificarla de "chica intoxicada de literatura y con el vicio chileno de lo trascendental". Fernando de la Lastra ve en ella "una de las más bellas e inspiradas poetisas"; Gastón Figueira, a su vez, anota: "...era tan fina y amplia su personalidad", y Fernando Santiván la llama "exquisita y endemoniada niña".

Las congéneres de Teresa tampoco se apartan substancialmente de la "crítica" de sus colegas varones. Después de entrevistarla por última vez en París, la poetisa Sara Hübner -en "Lo que no se ha dicho"- concluye: "Es hermosísima, es buena y no es feliz", sin hacer referencia alguna a su producción literaria. En un contexto más reciente, Claudia Donoso advierte de la "brutal omisión" de estudios sobre la poesía de "esta chilena alucinada con el vacío" <sup>7</sup>, pero no hace sino referir la novelesca vida de la autora. Graciela Romero, a su vez, destaca el carácter modernista de Teresa Wilms, pero no puede evitar iniciar su artículo destacando su "regia figura de cintura angosta y abundante pechugamen". <sup>8</sup> No será hasta 1993 que la vida y obra de Teresa Wilms Montt no sea vindicada por la pluma de una mujer, en la obra de Ruth González-Vergara: Teresa Wilms Montt. Un canto de libertad. (Barcelona: Grijalbo).

La crítica masculina de inicios del siglo XX coincide en destacar la belleza de Teresa, mas no su condición de escritora. En su oportunidad, Juan Ramón Jiménez cantó a "ese saber tuyo intuitivo" <sup>9</sup> de Teresa; pero es quizás Gómez Carrillo, en su prólogo a "Lo que no se ha dicho", quien mejor grafica los sentimientos encontrados que produjo entre los hombres esta chilena rebelde, aunque tristemente determinada por el legado de ocio y el sentimentalismo asignados a la mujer por el canon de la época. El crítico dice de ella: "...que encontró su cruz en cada camino; que tuvo sed y no pudo beber; que soñó con amar tanto y tuvo el amor siempre distante; que fue esposa y madre,

sin lecho y sin cuna.”(12)

Tan piadosa descripción no impide, sin embargo, que más tarde se lamente de que Teresa perteneciera a la oligarquía de América, argumentando que “¡Si hubiera sido hija de una portera se podría hacer de ella una vedette internacional!”.<sup>10</sup> Peor aún fue el comentario de Ramón Gómez de la Serna, quien le dedica líneas rayanas en la misoginia a Teresa, llamándola “boba” y más.<sup>11</sup>

Luis Sánchez Latorre será menos corrosivo, aunque no concesivo: “Teresa Wilms Montt es hija del decadentismo, de la crisis de valores de principios de siglo. Ella es producto de su época...” “Lo anecdótico de Teresa Wilms Montt supera su creación...Ella es un lamparazo que no logra superar la atmósfera tensional y de crisis, pues la sociedad la aplasta.”<sup>12</sup>

Es quizás el Dr. Andrés Rodríguez-Alarcón, mediante la referencialidad propia del lenguaje de la medicina, quien más crudamente describa el sino de la escritora: “...la historia clínica de Teresa Wilms Montt, es la de una mujer de un alto coeficiente intelectual, con un problema de falta de integración social y madurez de carácter y casi seguramente condicionada por una neurosis maniaco-depresiva con posibles rasgos psicóticos que la llevaron a una serie de intentos de suicidio culminados en una autólisis a la edad de veintiocho años.” Triste epitafio para Teresa Wilms Montt, una mujer que si hubiese nacido medio siglo más tarde, probablemente habría tenido una suerte diferente; mas sólo supo del rechazo de una sociedad que vio en ella a un objeto estigmatizado por su belleza y lamentablemente restringido a los estrechos límites del sentimentalismo.<sup>13</sup>

Norberto Flores Castro

Ph.D. en Literatura Latinoamericana, University of California, Irvine, U.S.A.

Universidad de Playa Ancha.

Av. Playa Ancha #850, Valparaíso.

Email: nfloresc@upa.cl

## Notas:

1 Gonzalo Vial señala que los gastos de las familias aristocráticas chilenas significaban que cada año salían del país 1.000.000 de libras esterlinas. Dos décadas antes el gasto global anual era solamente de 100.000 libras. Historia de Chile (1891-1973), Santiago: Editorial Santillana, 1981. Pág. 650, vol 2.

2 Francisco Antonio Encina, Nuestra inferioridad económica Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1972.

3 Gonzalo Vial, Historia ... págs. 671-72.

4 Ruth González-Vergara señala que la escapada de Teresa Wilms con Huidobro fue inocente, que éste sólo era un amigo, siendo los dos de igual cuna y educación. Huidobro volvió a Santiago, mas ella nunca lo hizo. Ruth González-Vergara. Teresa Wilms Montt. Un canto de libertad. (1993; Barcelona: Grijalbo, 1994).

5 Sarah Hübner, en su entrevista a Teresa Wilms, Lo que no se ha dicho. Santiago: Editorial Nascimento, 1922.

6 Imagen usada por Fernando de la Lastra en "Teresa Wilms o el Afán de la Autodestrucción." El Mercurio 11 Mar. 1990: E13 , y por Claudia Donoso en su artículo "Teresa Wilms Montt. Poeta exquisita y endemoniada." Caras 117 Oct. 1992: 40-43.

7 Claudia Donoso, "Teresa Wilms Montt. Poeta exquisita y endemoniada." Caras 117 Oct. 1992: 40-42.

8 Graciela Romero, "Teresa de la Cruz." Paula 573 May. 1990: 132-133.

9 Juan Ramón Jiménez, "A Teresa Wilms Montt." Antártica 3 Nov. 1944: 73-74.

10 Citado por Joaquín Edwards Bello en "Teresa Wilms ha vuelto." El Mercurio. 7 May. 195

11 González-Vergara, pág. 186.

12 González-Vergara, pág. 258.

13 González-Vergara, pág.292